

Un buen palo a la crisis

El ovetense Carlos García entra en la lista de los cien mejores fabricantes del mundo de equipos de golf a medida

Oviedo, Marcos PALICIO

La crisis no se atreve con Carlos. Si un antídoto para protegerse de ella es vender algo que nadie más puede ofrecer, él ha dado con la tecla. Ha dado el golpe, porque Carlos García, ovetense de 33 años, es un artesano del golf. Fabrica palos a medida haciendo uso de una certificación expedida en Estados Unidos que sólo habilita para ejercer a dos españoles, a él y al mallorquín Ángel Martínez. Son ellos los dos únicos profesionales del palo personalizado en España y ambos acaban de entrar además en el ranking que ordena a los cien mejores «clubmakers» del mundo. Su profesión se llama así, en inglés sin traducción literal, porque apenas tiene arraigo lejos del entorno anglosajón y no se aprende ni se certifica fuera de Inglaterra, Canadá o Estados Unidos.

Carlos García se formó durante cuatro meses en la Escuela Mitchell de Orlando (Florida) para poder vivir en Oviedo de lo que vive hoy, del montaje y reparación de palos «con nombre y apellidos». Confiesa que tiene muy pocos clientes en Asturias, pero que funciona el «boca a boca» con golfistas de toda España que le han asentado en un oficio que empezó a aprender hace sólo cuatro años.

Los títulos que cuelgan de las paredes de su taller ovetense acreditan que allí se puede elaborar un producto exclusivo a partir de materiales hechos por empresas que fabrican componentes, no palos completos, y sólo sirven a «clubmakers» profesionales. Carlos García elige y ensambla las tres partes del palo, varilla, cabeza y empuñadura, después de analizar el juego de su cliente con el apoyo de un sofisticado y caro sistema tecnológico. Así llega a saber qué palo vale para qué persona, qué tipo de instrumento para qué nivel de juego y hechura física de qué golfista. En su trabajo, define una parte para que se le entienda, «analizo el swing o la repercusión de la varilla sobre el jugador y así determino cuál es la más adecuada» en función de «siete parámetros» que casi hacen frontera con la física: «Altura, tensión, punto de flexión, dureza...».

Trabaja sobre todo para jugadores amateurs, con distintos niveles de pasión por un deporte cada vez más practicado en España. Su producto puede ser «caro», aclara, «pero no inaccesible, tengo palos desde 300 hasta 6.000 euros». Más que del precio, la dificultad fundamental viene de cierto desconocimiento en la clientela. Carlos García se mueve dentro de un «concepto tan desconocido aquí incluso para la gente del golf que se te cierran muchas puertas. En EE UU puedes llamar prácticamente a cualquiera, en España no tienes adónde. Allí, la figura del clubmaker está a la orden del día», afirma. Los hay en todos los clubes, «es habitual que los palos se renueven dos veces por temporada, en invierno y en verano... Es un concepto totalmente diferente», lamenta.

Sólo él y otro español tienen título para ejercer un oficio poco arraigado fuera de Estados Unidos

Carlos García ha llegado al reconocimiento internacional diez años después de sus primeros contactos con el golf jugando en el club de La Fresneda y cuatro después de descubrir qué es ser «clubmaker», «clubfitter» y «clubrepair» —algo así como fabricante, evaluador y reparador—. Para ser profesional, aparte de cuatro meses de formación en Estados Unidos, tuvo que acertar el ochenta por ciento de las 380 preguntas de un examen teórico y hacer bien cinco palos, «dos maderas, un hierro y un putt».

El título le dio el certificado para trabajar con materiales exclusivos. Después, en este 2009, su trabajo le ha metido en la lista de los cien mejores del mundo que la IPAC, la asociación internacional, renueva cada año. Este examen, más práctico, fue diferente: «No se valoran tanto los conocimientos como la forma de trabajar, cuántos sets de palos haces a la semana, el tiempo que dedicas a cada uno, el tipo de servicio que das...». Los suyos aprobaron de largo.



Carlos García, en su taller de Oviedo, con el título que le acredita como uno de los cien mejores «clubmakers» del mundo.

«El secreto está en la varilla», desvela el especialista asturiano

Oviedo, M. P.

«Este año ha sido muy bueno para mí». De espaldas a la crisis, Carlos García Díaz agradece los «pelotazos» que ha subido en su profesión con su acceso a la lista de los cien mejores fabricantes de palos de golf personalizados del mundo. El éxito le ha servido para contactar con mucha gente, un logro de notable trascendencia en un negocio como el suyo, tan especializado como poco visto fuera del entorno anglosajón. Para hacerse visible en España, el «clubmaker» ovetense no hace demasiada publicidad, para la promoción prefiere comprobar que «el boca a boca funciona», porque dice tener compradores en toda España. «El cliente es mi mejor cartel de publicidad», sentencia. Y para justificarse como necesario frente a las marcas convencionales y los equipos de grandes almacenes se acoge a la convicción de que los palos fabricados en serie no hacen el mismo servicio que los suyos. Para él, «el noventa por ciento de los jugadores amateurs trabaja con un material poco adecuado para su swing».

En su búsqueda del palo perfecto, Carlos García ha encontrado al menos la certeza de que el secreto está en la varilla. «La gente siempre piensa que la clave es la cabeza», afirma, «pero podríamos decir que la varilla tiene un ochenta por ciento del éxito. Siguiendo con los porcentajes, un diecinueve le correspondería a la cabeza y un uno a la empuñadura. La barra es el motor del palo, de ella se saca fundamentalmente el rendimiento».